Eugen Relgis

CORAZONES y MOTORES

Ediciones "HUMANIDAD"

EUGEN RELGIS

Corazones y Motores

Versión castellana
de PABLO R. TROISE

EDICIONES "HUMANIDAD"

"Este elemento nuevo de la emoción mecánica".
GEORGE SILVIU

Eugen Relgis conoce al hombre. Lo ha seguido de cerca por el mundo, lo ha encontrado, sin duda, sobre el mundo.

Por lo mismo, salvando las distancias que van desde lo efímero a lo eterno —o bien, a lo que **puede** ser eterno— quiso hallar en la máquina inclemente su Verbo irrefrenable: su sentir, su pensar, su propio andar.

No porque sí ni **ahora**, sino ANTES: hace cuarenta, casi cincuenta años, cuando no era difícil escuchar en las penas y las sombras tan sólo "las romanzas de los tenores huecos y el coro de los grillos que cantan a la luna"...

Y vino a comprender —ya lo sabía— que en la máquina el hombre fue dejando su propia libertad, todo el soplo del alma, y hasta el ser.

Por eso el artesano y el poeta forjaron el estilo de **otro** andar para salvar esa alma y su destino, serena realidad del hombre en sí.

Y sólo **CORAZONES Y MOTORES** —confundidos y frágiles los dos— se fueron alejando de sus manos tras el crisol del tiempo, tras ciudades viajeras y febriles, tras mineros de piedra, tras un mito, o entre los altos hornos de las fábricas.

Entonces nació el verso.

Del amor, del dolor.

Con las formas extrañas y huidizas del mundo y de las gentes.

Con el último grito del planeta crujiendo entre los dientes de la máquina.

Con la emoción mecánica que deja, "por sobre la contienda", como un eco de olvido sin razón.

Con el ritmo de un paso incomprensible que hace crecer la luz de la existencia hasta que cruza el pueblo de la tierra, **quedándose en el pueblo** y en su historia

"Antilíricamente". Así lo vemos en esta selección de sus poemas. ¿Cómo? "Sin serenatas", dijo Enrique Furtuna, compañero de letras de Eugen Relgis.

Olvidando las torres de marfil.

PABLO R. TROISE

OBRAS Y FABRICAS

EL CANTO DE LA MAQUINA

I

En subterráneos olvidos
estaba con mis fuerzas reprimidas,
oculta en la negrura mineral.
Transcurrían milenios ignorados
irrefrenablemente transformados,
cruzando el infinito sideral.
El corazón ardiente del planeta
latía con impulsos renovados.

Hundido en las montañas gigantescas
mi ser yacía sin formas.
Tronaba sobre mí la pesadez,
junto a la resistencia y la unidad.
Pero bajo el abrazo de la muerte,
mi vida palpitaba con furor
en el juego tremendo de los átomos,
pues mi misión se estaba preparando
durante aquella espera interminable...

Porque el tiempo ya es de la conciencia
que busca sobre mí su perfección,
así como su propia libertad
ante la ley, severa e implacable.
....
Y fue la luz, prudente y anhelante,
tras los pasos del hombre,
hasta mis más recónditos secretos.

Golpes firmes, valientes,
me traspasaban, me desmenuzaban.
y despertaban ecos dolorosos.
¡Oh, lucha despiadada del Trabajo!
En los hornos altivos

mis fuerzas se aceraban,
y mi esencia se iba reintegrando,
escurriéndose pura por los moldes.

El pensamiento y la necesidad
encontraban por mí sus armas nuevas.
La voluntad y el mito de la fuerza
creaban, siempre aun sobre la muerte,
ya despreciando la fatalidad.

Mi poder se extendía
lenta y seguramente
bajo los esplendores de la luz,
y dominaba a quien me sacó un día
de las profundidades de la tierra,
para darme las formas de la Máquina.

II

¡Hombre! Escucha mi canto
mezclado con mil voces, y comprende
que por mí hablan las potencias vírgenes.
Resonante y frenético se alza
el ímpetu creador buscando el cielo,
y sin cesar los ruidos de las ruedas
y de los engranajes
trepidan bajo el sol como una nube
de polvo iridiscente.

¡Hombre! Mira mi rostro y reconoce
que renacen por mí fantasmagóricos
enemigos, y ancestros prehistóricos.
Siempre estoy devorando:
la matanza implacable de la bestia
brilla en mis ojos sin pupilas y
en mi boca de dientes rechinantes.

¡Hombre! Mira mi cuerpo,
mis ademanes y mis gestos rápidos,
y piensa que mil veces

se renuevan tus fuerzas agotadas.
¡Qué mezquina es tu arcilla
al lado de mi torso de titán,
con nervios que satánicos ordenan
mientras truena y aúlla el corazón!

¡Hombre, estremécete!
Tu conciencia está en mí;
tu orgullo de creador me hace tu amo,
y las necesidades que te acosan
ante mí te doblegan por entero,
ya que por ese pan que yo te entrego,
me das toda tu hombría.

Hombre, tú no te atreves
a quebrar mi dominio rebelándote.
Por las noches, de día, a todas horas,
a mí te sacrificas como a un dios.
Expías tu pecado:
creaste ûn mundo nuevo y te abalanzas
de un horizonte al otro entre las cumbres
. . .pero tu hambre es siempre renovada.

Hombre, redímete,
con humildad y con resignación.
¡Yo te mecanicé!
Anexo a mi unidad compleja, eres
el esclavo que piensa para mí;
un creador sujetado a su creatura,
que forjando destruye y aniquila,
aplastando en el odio al propio amor. . .

Hombre, tú has fundido
el bien y el mal en mí,
cuando en los esplendores de la luz,
tú me diste las formas de la Máquina,
entregándome al par tu vida misma.

EL CANTO DEL ALBAÑIL

I

Desde lo alto del liviano andamio
mi vista abarca toda la ciudad,
maciza y dura —como roca enorme
que en la noche deforme se ocultaba.
Y crece a pleno sol,
subiendo lentamente, irresistible,
al empuje de esfuerzos milenarios
de pequeños titantes.

Fulgen faros en lo alto de las torres
como si fueran frentes poderosas
irradiando la luz del pensamiento
surgido desde abajo,
en las casas febriles,
donde los gestos ágiles y breves
originan la vida de las cosas.
Las calles no agotadas
—cruzadas como red
de ríos turbios—
encauzan el oleaje de las gentes
esparciéndolo luego
allá donde palpita el sufrimiento,
donde gime el deseo;
donde se han de templar las voluntades,
clamando las ideas que renuevan:
allá donde los héroes
plasman su sacrificio.

Y las calles persisten vigiladas
por los hornos candentes
que lanzan a través de las alturas
—hasta purificarlo—
el hálito pesado y tenebroso
del trabajo por siempre apresurado,
dispersándolo así en la eternidad
a que aspiran los hombres en el valle.

Y tantos ruidos útiles
se unen en un cántico armonioso.
¡Oh, la voz de la tierra
anhelando la paz que está en el cielo!
Desde el fondo de humildes corazones
se eleva la plegaria generosa
de la ciudad doliente
...y glorifica
la luz de su creación.

II

Aquí, en los livianos
andamios
yo trabajo en mi muro asiduamente
desde que llega el alba hasta la noche.
Cuando los pajarillos
me rozan con sus alas en el vuelo,
me estremecen las simas a mis pies,
y siento lo alto
que está aún el cielo.
Pero mi trabajo
me sirve de apoyo.

¡Un ladrillo y otro!
Mi vertical no vacila...
Yo levanto al espacio la materia
y bebo el soplo frío
del viento ávidamente.
No tengo miedo cuando
la tormenta —viniendo desde lejos—
precipita su furia sobre el "monstruo"
que anhela hacia los astros.

Aullando entre los pisos
desiertos o gimiendo
entre andamios vibrantes,
prueba la tempestad mi propia pena.
¡Un ladrillo y otro!

Mis cánticos ligeros
perecen dispersados
en polvo entre las nubes,
cuando, de abajo, la ciudad me envía
su ánimo viril y persistente.

Porque la vida se renueva siempre
con las horas del día.
Le da aspectos cambiantes,
inesperados estremecimientos...
Mi trabajo también es renovado.
¡Y el muro sube!
—¿Hasta dónde?
yo me pregunto en el anochecer,
cuando a mis ojos la ciudad se esfuma
ocultada en la noche
de las grandes estrellas.

Y al fin, al descender
de mi cielo al reposo que me espera
—prometiéndole dones a mi pena
y a mi acción de hombre alegre
que piensa con firmeza—
entonces yo me digo:
—Mañana más arriba
levantaré mi muro...
¿Pero hasta dónde? —¡Siempre más arriba!

Quiero alzar mi aliento joven
más alto que las torres más altivas;
quiero que mi vista abarque
horizontes más vastos cada día,
y que mi sueño lúcido
me lleve hacia el cenit.

Y quiero que mi canto se abalance
triunfal donde los pájaros
no llegan a subir:
quiero que la ciudad tenga su eje
alrededor del cual pueda creer
que gira sin cesar la tierra entera.

EL CANTO DEL JORNALERO

Yo soy el más humilde
de aquellos sometidos a la fatalidad,
sintiendo que el vivir
es el padecimiento en esta tierra:
en lugar de los muertos, es la vida,
el tributo exigido duramente
por el instante que en nosotros late,
y que se pierde luego en lo infinito.

Soy el más pobre de los que nacieron
en la gleba desnuda.
Mi cuerpo es más templado
que el de la propia máquina, que a prisa
teje su odio en la canción de ruedas.
Sé que llevo tesoros sobre mí,
pero no los codicio y no pregunto
de dónde vienen, ni para quién son...

Yo soy el más hambriento
de aquellos hermanados en el dolor, y arranco
la fuerza de mí mismo,
manteniéndome firme
con esa voluntad de los ilotas
heredada y guardada,
igual que la dureza del diamante,
entre la escoria impura.

Yo soy el más callado
de aquellos sometidos a escuchar
los mandatos de siempre,
y los misterios de la redención.
¡Oh, alma mía, sigues soportándome,
y no me pides nunca que golpee
a quien me está agobiando,
porque ya no sé odiar...

Estoy tan resignado
como tal vez lo está la eternidad
bajo un cielo sin límites,

con mundos que renacen sin cesar.
Sobre mis hombros llevo tantas cargas,
que me parece que no soy el mismo
cuando descanso bajo las estrellas...

¡Oh, mi trabajo
de jornalero!
Lo quiero con la hombría
que todavía permanece en mí.
Yo siempre, siempre, llevaré mi carga
...Y ni aún cuando muera
me creeré librado:
yo siento que mi vida
perdurará en mil cosas
que sorbieron mis fuerzas —y en los hijos
que engendrara en mis penas y penurias.
Y sé también que otra carga
—cuando retorne a la tierra—
ha de pesar nuevamente,
pero con más bondad...

LEYENDAS MODERNAS

Al Ing. S. Soru
In memoriam.

I

EL IDOLO DE HIERRO

Entre los labradíos se construye una fábrica,
abundando las mieses entre los horizontes.
Los paisajes extienden su belleza serena
bajo lánguidas olas que va volcando el sol.

Trepida la pesada hormigonera,
envuelta en polvaredas de cemento
y su vientre, girando, se derrama
en carretillas de chirriar agudo.

Exige, exige más y siempre exige.
¡Qué tremenda es la máquina que manda!
("Un hombre", y otros más, están llenando
a toda prisa su acerada copa).

Todos trabajan a su ritmo duro
desde el amanecer hasta el ocaso.
Es tan pesada la monotonía
del mismo trajinar mecanizado...

Y es más penosa en tardes de verano
con horizontes abrasados, cuando
la tierra desparrama aromas fértiles,
llamando al sueño y aflojando el ímpetu.

En su pala se apoya el hombre y mira
la blanca lejanía, vagamente,
y oye el zumbido de una trilladora,
aunque a su lado —más potente— lanza

la hormigonera su rugido hambriento...
El soñador se mece en el olvido;
sus párpados se cierran —¡y helo allí,
apresado por brazos despiadados!

Hondo penetra el hierro al cuerpo joven,
y el aullido de muerte
es el aullido
que ha podido lanzar la vida misma,
victoriosa, por obra de la máquina.

La hormigonera
se sacude y muerde,
rechina por sus ruedas,
sus dientes, su motor...
Y con su vientre giratorio, inmenso,
parece que quisiera digerir
muy rápido su presa —y vomitarla
después, entremezclada con arena,
guijarros y cemento,
santificando con el alma humana
la materia, maldita desde siempre.

Y los peones,
los pobres labradores que dejaron
la gleba por la máquina imponente,
quedan petrificados un instante
—cinco, diez— sin pensar:
—¿huir? ¿ayudar?..
y con sus herramientas en las manos.
Sólo un perro ladra
con lástima humana
—saltando hacia la bestia ensangrentada—
por la vida de aquel que soñó un día,
mirando el horizonte
lejano
de su propia Libertad...

II

"HECHOS DIVERSOS"

Crece un palacio nuevo
justo en el Centro de la Capital.
Mas ¿quién piensa en el rancho,
donde yace el dolor del arrabal?
....

Trabaja "un hombre" como tantos otros,
y su tarea es simple: en sus espaldas
debe llevar ladrillos hacia arriba,
donde está canturreando el albañil.

Sube otra vez la escala en espiral.
"En mi último día ¿cuántas veces..?"
Presentimiento brusco. ¡Ah! —y el viejo
empieza a vacilar bajo su carga.

Con cada paso, incesantemente,
aumenta el peso sobre sus espaldas.
Lo siente tan cruelmente confundido
con su cuerpo agotado, que parece

que él también a sí mismo se levanta.
¡Es tan triste, perdido en su pensar!
El va mirando todo su destino,
siempre en un marco sin revoque: rojo...

¡Oh, ladrillos, ladrillos y ladrillos
que ha llevado durante cuarenta años!
La pesadez aumenta, pero él quiere
—en el último elán— ir hasta arriba.

Las sienes le palpitan abrasadas,
y las lágrimas brotan de sus ojos.
Un peldaño... uno más... Sobre sus hombros
magullados levanta una montaña.

La obra y el orgullo de su vida
se fijan en la hora del delirio.
¡El último peldaño! ¡Su victoria!
...Y él jadea en su esfuerzo empecinado.

Pero da un paso más allá y lo engulle
aquel abismo que se hundía astuto
entre los siete pisos, sepultándolo
su macizo silencio subterráneo...

Al otro día en las noticias breves
de los sucesos de la Capital,
esas gacetas que lo saben todo
hablaban *algo* acerca de "un suicida
viejo y desconocido"...

III

EL CONSTRUCTOR

"¡Cuidado!"
Con su cielo nublado y encogido,
el otoño cansado ha descendido
sobre el silo que están por terminar.

Y en inmensos montones, en el patio,
yacen granos, tesoros recogidos
en las vastas campiñas generosas.

Llegan trenes y carros desbordantes
y crece la montaña de los frutos
que en la neblina del otoño lento

esperan nuevas celdas
—colmenas gigantescas de hormigón—
y la boca insaciable del molino...

* * *

"¡Cuidado!"
Y el que grita va arrojando
presuroso, invisible, sobre el patio
cosas menudas, tablas y despojos.

Es un siervo y parece un dios extraño
que libra de sus moldes
a un horrendo monstruo de hormigón.

Caen trozos de hierro y de madera;
resuenan sordamente en la llovizna.
En el cielo hay lejía, y barro abajo...

• • •

"¡Cuidado!"
Ya es un refrán indiferente y ronco.
"Un hombre" mira su creación y piensa
en su duro trabajo —y una barra
se clava bruscamente en su cabeza.

¿Venganza? ¿Azar? ¿Destino? ¿Para qué
preguntar algo a la Fatalidad?
Ella tiene su fin y su elegido,
y el peso de las cosas le obedece.

...Siete días. La muerte lo desgarra
con sus dientes de fiera.
Pero la vida ruge en él: *¡él quiere!*
Se hunde en la noche, vuelve a despertar...

Con su pobre cerebro destrozado
aún tiene la fuerza de los héroes:
su ciencia triunfa —y él, en su delirio,
concibe nuevas obras, nuevos rumbos...

IV

EPILOGO

¡Oh, anónimos muertos de las obras
que ensangrentan todo ímpetu a los astros
con las cargas que siempre están cayendo!
Nadie los glorifica. A veces surge

un rebelde pensar contra el destino
que hacemos deslizar nosotros mismos
en ladrillos, maderas, hierro, piedras...
Ignoramos la ley que soportamos:

pagamos el tributo de la sangre,
y no entendemos esa voz silente
de las cosas —mas todos comprendemos
y hasta amamos el cuento del pasado...

Nuestros ancestros se sacrificaban
con firme fe por levantar los templos,
y enmurallaban vivas a sus hijas
por animar las piedras con su llanto.

Y en el áspero paso de la vida,
subiendo alto, más alto, con estéril
corazón, arrastramos la leyenda
desde Adán hasta hoy, con nuestros mártires...

UN DIA EN EL PUERTO

LOS ALBORES

Es la hora, en la noche, cuando reina el olvido
en la Ciudad inmensa; cuando el silencio grave
recorre con la brisa los muelles susurrando
a los seres exhaustos sus voces de consuelo.

En la cerradas sombras de tonos sepulcrales
parecen más lejanos los aspectos del puerto
—perdidos bajo vastos desiertos estrellados,
y en los siglos que el hombre no ha podido contar.

. . . .

Es la hora en que todos los misterios palpitan
bajo formas plasmadas por el sueño pesado
de los siervos que sueñan que también ellos tienen
sus instantes felices...

Y en el aire grisáceo de pálidos matices,
los barcos en el puerto parecen respirar
—siguiendo el ritmo suave de iguales balanceos—
mientras la noche plena se destrama en el mar

. . . .

Es la hora en que algo se preanuncia mediante
señales —signos mudos apenas percibidos—
que llegan de algún rumbo, creciendo en todas partes
el terror de la vida, invencible y horrenda.

Bajo el derramamiento de las diáfanas olas,
los fantasmas del puerto se van reincorporando,
y es así que resaltan los destinos humanos...
—Los siervos del Trabajo despiertan otra vez.

. . . .

Es la hora del áureo nacimiento del día,
cuando los rayos surgen en chorros poderosos
que trazan en las casas la faz de la locura,
y en las máquinas dejan las muecas del dragón...

Ya los mundos serenos desplómanse silentes
en los que despertaron y arrastran el andar
con pasos lentos hacia
donde *los otros* mandan,

mientras las ruedas cantan y aúllan las sirenas.

DUERME UN HOMBRE

Cae el calor, pesado, desde el cielo
que ya no gira en amplios horizontes
ni en las nubes de vagos resplandores,
pues parece abrasado por mil soles.

Fluido y claro, cargado de espejismos
yace el calor cual bloque gigantesco,
y con sus naves naufragadas, rotas,
se hunde el puerto en el fondo del Atlántico.

En el cansancio de la tierra vibra
la eternidad; los miasmas se desprenden
desde las lentas descomposiciones,
bajo el diluvio de las áureas olas.

Sobre el muelle, entre viejas herramientas,
hay alguien con aspecto de gorila,
con los brazos cruzados, encorvado,
al lado de una pila de carbón.

Manchado de hollín, aceite y polvo,
en su semblante magro y arrugado
luce la gruta roja de la boca,
reflejándose el sol en ella misma.

Y su descanso es cruento entre las piedras
y los cabos y el hierro, sin saberlo;
sus fuerzas prietas gimen ciegamente;
su olvido soberano desafía

la inmensidad del cielo de verano.
En esa espera se suceden siglos;
mas, habituado al peso de los mundos,
él respira inmutable, como un dios.

Surge un espanto blanco en el silencio
y apaga el gesto vivo de la fuerza:
bajo la angustia ardiente de la muerte,
el puerto implora su resurrección...

Pero bajo el sudario
del abandono cruel va la certeza
de la fatalidad ávida: el Trabajo,
que siempre desengaña a la esperanza.

Cuando el grito burlón de la sirena
traspase al Hombre, se erguirá de un salto,
y ha de llevar de nuevo, lentamente,
la misma carga dura y aplastante.

Porque es inagotable
la pila de carbón,
y eternamente habrá de ser el Hombre
su esclavo de arcilla...

EL CIELO DEL TRABAJO

Cercaron este cielo chimeneas y mástiles,
con nubes de humo y vahos de enfermizos colores;
triste, como el trabajo de buques y de fábricas,
por lo que ya no vemos el cielo de ultramar.

Queda el cielo pagano de puertos extendidos:
una cárcel fantástica; allí los jornaleros
olvidan la victoria que exige el porvenir:
la cumbre solitaria donde apenas los héroes

llegan de vez en cuando desde su anhelo puro.
¡Oh, este cielo estrecho del trabajo mecánico;
el de pensar estéril y mudo corazón,
que su dolor no puede llorar hacia los astros!

Esperan los navíos repletos —¡A zarpar,
hacia otros países con los mismos destinos!
(Aúllan las sirenas en el anochecer,
y el mundo es el que grita su hambre y su pereza...)

En el cielo velado por mástiles y grúas
se encienden pobres lumbres, cual ojos lagrimeantes.
Titilan en guirnaldas, dispersas —esperanzas
quebradas y olvidadas en casas y en callejas,

cerca de los callados y de los muy sufridos,
que hoy ignoran del cielo la bóveda infinita
—con millares de estrellas que brillan sin cesar,
como esperando el tiempo en que abajo los rebeldes,

visionarios, señalen a los hombres las fuentes
de la iluminación,
alzando hacia los astros los cantares
de la liberación...

NOCHE EN EL PUERTO

Como en la calma de una cripta vieja
bajo lu palpitante noche pálida,
en su anhelante espera
van taladrando el agua
las rojas luminarias.
Y se convierten en columnas largas
hundidas en un lago de betún
sosteniendo en sus cimas oscilantes,
cada una, un barco fantasmal.

De los cuatro horizontes,
en círculo gigante,
esos alucinantes
navíos empujados
por ciegas tempestades,
han prendido las garras de sus anclas
en la rada olvidando
abismos y naufragios
que los fueron cercando
en cadena infernal.

Aquí duermen los barcos agotados...
Debajo de los velos funerarios
me parecen sarcófagos
milenarios con miles de carroñas
abandonadas por la Vida errante
en los desiertos movedizos. Y
—despacio— los instantes del olvido
con ecos vagos van acompañándose...

Aún duermen los barcos en el puerto;
la candela en lo alto de los mástiles
es una araña entorpecida entre
las velas distendidas. También ella
se ha cansado de otear el horizonte
que yace, siempre el mismo, en altamar.
—Oh, viento, ¿por qué suspiras
sobre un mundo derrotado?

. . . .

Una sirena dio su grito largo
e hizo estremecer la noche plena.
Y las ruedas ocultas reiniciaron
su cántico en sordina...
—Con el albor del día,
¿hacia qué tierras,
por qué rumbos secretos partirán
estos barcos altivos,
derramando su luz
sobre el oleaje eterno de la Vida?..

NOCHE SOBRE EL MAR

La ciudadela viajera sigue avanzando en la noche;
surca muy hondo la senda que se cierra tras de sí,
y en susurros miriadarios del fondo del mar se alza
—confusa y apasionada— una plegaria de amor.

Desde estrellas que parecen los ojos de tristes hadas,
dejan las sombras avaras gotear apenas la luz
sobre un quimérico mundo, sin rocas y sin campiñas,
que se agita desde siempre en su propia inmensidad.

Y en él flota victoriosa la isla humana llevando
en sus entrañas al pueblo que agotado de soñar
y de luchar, soportando las heridas de la vida,
duerme... cuando sólo se oyen los zumbidos del motor.

A veces cruza una llama —lejos, lejos— anunciando
con sus destellos rojizos que alguna otra ciudad
va flotando lentamente, también viajera, perdiéndose
hacia otros puertos soleados, por otras rutas del mar.

Mar Negro, 1914.

MITOS

LA PIRAMIDE

El felaj va arrastrando su cansancio
desde el amanecer, por la canícula
del desierto.
Su vista está fijada
en horizontes de espejismos cruentos,
y en cada paso, al vacilar, recuerda
esos naufragios lentos
de caravanas extraviadas en
el mar de arenas arremolinadas.

¡Helo allí! Parece que
su grito desesperado
arrancó de la muerta lejanía
al abra —porque ya en el horizonte
una cima perfila su firmeza.
Y sus pasos se vuelven más ligeros,
palpitando en su seno
hundido
la pujanza.
Y la áspera cima
se ensancha y se levanta
cuando más cerca de ella está el viajero
y extiende en el desierto
la fascinante alfombra del ensueño
—su triángulo de sombra.

. . . .

Yace en su sueño el redimido exhausto,
abajo, junto a la pirámide:
montaña traspasando el infinito,
tan firme que parece
enclavada en el seno de la tierra;
tan muda que parece
ser el refugio mismo del silencio;

tan seca que parece
más árida y estéril que el desierto;
tan corroída que parece
más vieja que la propia eternidad...

Pero el felaj prolonga
su sueño sin saberlo, y de lo hondo
del corazón regresan los ancestros:
el desierto existía,
pero sin la montaña de granito.
Y él ve cómo se ha erguido
la montaña hacia el sol.

Y en el crepúsculo,
sobre la broncínea
pantalla del cielo,
en la agonía lenta
del tiempo sojuzgado, se perfila
un extraño racimo gigantesco:
tantos cuerpos
sobre un abismo de desesperanza,
con sus manos crispadas
se prenden de la gruesa soga atada,
a través de estridentes
poleas, a una viga
montada en lo más alto...

Se contraen los músculos, y crujen
las articulaciones;
centellean miradas
y brotan lágrimas entre los párpados,
y los dientes rechinan,
esparciéndose ardiente
el vaho del esfuerzo...

El racimo humano
se tuerce en la tortura del cansancio:
lo aterroriza el grito del que manda.
Reposa sobre aquella viga negra

un bloque de granito
pesado, tan pesado
y tan grande,
que parece sin límites sobre ellos
        —y ellos sin tregua
tiran hacia abajo,
pues deben levantarlo
despacio, despacito, más arriba
y siempre más arriba;
deben crecer los muros
de la pirámide
en la que reinará
real e invisible
el dios terreno, el faraón, el amo
altanero y feroz
—eternizado
por el sudor, las penas y la sangre—
que desde su palacio subterráneo
va a desafiar al estrellado cielo
con la montaña pétrea
de los sacrificados.

Y ese racimo demasiado vivo
se tuerce y se retuerce
exprimiendo su savia,
mientras que, en la sombra,
con mirada sangrienta el rojo esbirro
acaricia contento
—como si fuera un viejo compañero—
su látigo:
la fina
y pulida serpiente
que ha mordido insaciable
dejando tantos surcos en las carnes
de los esclavos negros y cobrizos.

LOS MINEROS

I

PAISAJE MINERAL

Horizonte abrasado
de irradiaciones, en el que las nubes
se funden y perecen.
Salida del sol, que empieza
un día más —triunfante y renovado—
subiendo al infinito, como un héroe
del cosmos saturado de tragedias
ocultas tras doradas ilusiones
recreadas por el hombre soñador.

Bajo el ojo solar y fascinante
se acercan todas las nubes
en quimérico entrevero,
hasta que desaparecen
en el horrendo foco celestial.
Un cielo cristalino
y vibrante
se extiende ante el astro fecundante.
La tierra entera, libre de tinieblas,
largamente parece suspirar,
mientras que los efluvios de la fuerza
penetran en el seno
colmado por las obras de la muerte.

La aridez mineral reina extendida
sobre el etéreo muro
de un horizonte circular que ciñe
a un país:
no engañan los paisajes,
y, sin cesar, recuerdan al destino.
¡Oh, en ninguna parte los misterios del bosque,
ni el festín de colores y de aromas
de la Naturaleza
que desconocería
el odio y el furor..!

Desiertos calcinados y revueltos,
y páramos de piedra y de carbón.
Pirámides enormes, levantadas
sobre los cementerios
del trabajo y las penas ancestrales
bajo el látigo ciego de la vida.
—Y en esa gloria que en el cielo vibra,
se derraman las olas
grasientas, renegridas, de los hornos
que flamean frenéticas,
sin tregua,
alrededor
de la mina infernal e inagotable...

II

EL NUEVO TEMPLO

Al Este se perfila una colina
como un monstruo asirio gigantesco;
apoyado en sus patas
oprime con su peso la tierra árida
bajo un horizonte de coral.
—Está echado, feroz, con la arrogancia
del amo que ve todo por las dos
grutas hundidas en su centelleante
cabeza de granito.

Su boca —con colmillos
de acero— está al acecho,
abierta en un bostezo horrendo y ancho,
mientras que los vapores y el humo se entretejen
como velos enlutados,
manando desde su frente
manchada de hollín.

Parece
que está allí desde milenios
bajo
un sol devorador y alegre.

Está desde los tiempos de los reyes-tiranos:
el terror de los ídolos
dominaba a los pueblos.

Es el monstruoso templo de Baal,
en el que penetraban
solemnemente
los adoradores,
sacrificándose en su vientre ardiente
—o sufriendo el castigo
que proclamaban los clarividentes...

Parece el mismo: inmóvil
entre las ilusiones de la gloria,
y entre las tormentas de la historia;
por su boca voraz, unas tras otras,
fueron entrando las generaciones,
pues la fatalidad del sacrificio
domina a toda civilización,
y un dios bárbaro, el mismo, les ordena
la misma adoración...

Entre los altos hornos encendidos
los espera la mina,
el dragón despiadado
con centelleos de oro
y horrores invencibles.

Por caminos de escorias y de asfalto
vienen —siervos,
los padres y los hijos—
como en las procesiones ancestrales
que sin odio
y sin desesperanza
siguen llegando desde todas partes
con pasos lentos, pasos resignados...
No resuenan más los cánticos
de los ancestros extáticos
que al instante a las llamas se arrojaban

sin vacilar.
—Ellos vienen
con sus pasos lánguidos,
pues ya no tienen fe.
Su vida es sólo
una vana y absurda
dispersión en la Nada.

Por la amplia boca abierta
como una herida, entran los mineros;
se hunden en la noche
subterránea
y se agotan,
sacrificándose,
desierto el corazón:
sin los ídolos, sin los sacerdotes
de antaño—
avanzando
con la pena incesante del ilota
¿hasta dónde? ¿hasta cuándo?
a través del laberinto
de la mina infernal e inagotable...

LA GRUA

Estrépito de cables y cadenas,
chirrido de engranajes.
Un pescuezo de acero
trepidando,
en su vértice un pico abierto y curvo
que reluce en el sol,
se inclina sobre el muelle.
Cual jirafa
que hunde su cuello en las tupidas matas,
el pescuezo de acero
entra al bosque de mástiles
castigados por todas
las tormentas del mar.
Estrépitos más cruentos,
más chirriar de engranajes.
Y llevando en el pico una gran presa,
sube hacia el sol el cuello
de aquel monstruo mecánico,
hasta quebrarse
otra vez, girando
titánico y volver a levantarse
con el pico vacío
encorvado:
los barcos llegan sin cesar y el hambre,
interminablemente, pide, pide...
Bajo el cielo cercado,
febril y nebuloso
por el jadear del mundo subterráneo
—cargado por las penas
del trabajo del hombre—
la grúa se parece
a un ser milenario
dominando un país
inmenso:
un dios
surgido de potencias tempestuosas,
quimérico y feroz,
clavado en
el seno de la Tierra dolorida...

Bajo las nubes lívidas
de reflejos dorados,
Ella gira cruelmente:
plesiosaurio
con sus huesos de hierro,
sus nervios acerados,
su carne de cemento... Gigantesco
como el ancestro de las selvas vírgenes,
engendrado en los ciegos
excesos de la vida;
un tirano insaciable y furibundo
de un mundo artificial e incomprendido
por los callados y los resignados...

Y rugiendo y chirriando,
trepidando sus cables y cadenas,
la grúa, dueña sin nombre
de la edad de la máquina y el oro,
recoge los tributos
que llegan por mar desde
los cinco continentes del planeta...

Y la Ciudad, tan vasta,
con sus bocas de fuego,
con dársenas y usinas,
con bancos y mercados,
rascacielos y plazas, aparece
horrenda y unitaria:
cuerpo fantasmagórico
del ídolo de acero
que, rugiendo, se inclina acompasado
y vuelve a levantarse irrefrenable,
haciendo relucir bajo el sol las
inagotables cargas arrancadas
a las entrañas de los barcos—
inapreciables cargas recogidas
por la creadora esclavitud de esta
humanidad, la eterna despojada,
y templada desde hace miles de años
en sus padecimientos...

EL TREN

En monótono estruendo
un inmenso miriápodo de hierro
—de cabeza
humeante y abrasada—
traspasa fantasmal las lejanías
arrastrando su cuerpo segmentado
en treinta vértebras.

A través de los bosques esqueléticos
—que levantan millares
de brazos a las nubes cenicientas,
perseguidas por el
húmedo viento
de octubre en las campiñas giratorias,
despojadas de mieses,
con algún ojo de agua
en el que llora el cielo—
el infinito canta por las ruedas
sobre las cuerdas siempre paralelas.

Y la noche crece
pesada
y deforme,
mientras jadea el monstruo empecinado.
Con él, al lado de él, sobre la tierra,
se desliza una hilera
de luminosas lápidas,
y fantasmas huidizos
tiemblan en los cristales.
Adentro, los viajeros
se duermen o vigilan,
quebrados sobre sí mismos
como los condenados o los acróbatas
—mientras que en mí taladra el insaciable
comején del deseo.

Vanamente la luna lasciva
desgarra las nubes,
al reir a través del pentagrama

saltarín
de los hilos del telégrafo,
componiendo la vaga sinfonía
de un astro yermo
y obsesionante.

Trepidante, el cortejo del Destino
corre siempre
en la canción mecánica.
Buscando la quimera
de la felicidad,
oculta más allá del horizonte,
la humanidad anhela
en su cárcel de hierro
donde relampaguea el pensamiento,
y donde el corazón va repitiendo
su triste melopeya
hacia los fascinantes
abismos estrellados.

Y cuando en la alborada se escurría
—como de una herida— la luz roja
del Oriente encendido por el sol,
estremecidos
fueron despertando
los hambrientos viajeros de la vida.

Porque no canta más el infinito
sobre cuerdas de acero, entre las ruedas:
—en el blanco país del silencio,
o del petrificado
Nirvana, todos bajan
del tren con gestos lentos
y pesados de tanta vanidad...
En el instante de inmovilizarse
—ellos también— en el silencio eterno,
miran con ojos cansados,
asombrados o espantados,
las oscuras montañas del Dolor
que a lo lejos parecen ser un largo
y apacible
convoy de dromedarios...

PAISAJE EN LA ESTACION

Señales verdes,
rojas
y doradas,
anaranjadas:
rubíes fríos,
brillos de baile,
de carnaval,
aparecen los unos tras los otros
en la pesada noche...
Y deslizando
la mirada fija
sobre rieles de hierro
—paralelos—
esperan a la luna,
alto,
en el cielo.

Mientras yo estoy
soñando tiempos idos.

....

Rápido,
fragoroso,
corre el tren
—un dragón
de ojos ardientes
y de escamas doradas.

Al lado, abajo,
entre juncos,
corre el río
sigiloso,
susurrando
presuroso,
de ola en ola
entre las dos orillas.

Y el río lleva
sin cesar
sus ondas
—su multitud de ondas apretadas—

con su lamento largo hacia el revuelto
cementerio
del mar.

El tren se lleva
a los viajeros,
siervos de las penas
y del trabajo
hacia ilusorios rumbos,
atravesando el páramo
yermo del olvido.

Me quedo resignado
soñando
tiempos idos.

....

Señales verdes,
rojas
y doradas,
anaranjadas:
se multiplican,
y al desprenderse
giran
y se enlazan,
centelleando en la bóveda del cielo.

Y otra
multitud
multicolor
de grandes astros
en el campo eterno,
se arraiga.
Viejas estrellas
—pequeñitas,
deslucidas,
de a dos, de a tres—
titilan todavía,
como los ojos cansados
y enfermos de las esfinges,
como los ojos fijos
de muertos bienamados...

LA SEPARACION QUE UNE

I

EN LA ESTACION

Ya llegan los viajeros desde la ciudad triste,
tendida entre colinas, resignada
bajo el peso de los absurdos dramas
urdidos por el hombre
acosado
por el afán frenético de la salvación,
a través de la grandiosa
indiferencia del mundo.

Ya llegan los viajeros
desde la ciudad triste, saturada
por sus riquezas de Metrópoli:
el sino de un país la está oprimiendo,
la corroe la vida trepidante
que ansía y ruge, que domina y crea
y llora, ríe y canta, bailando sobre tumbas.

Ya llegan los viajeros
a la estación, de prisa, y la ciudad
bajo los astros brilla tristemente.
La misma despiadada tiranía
encadena las fuerzas rebeladas—
pero nadie se queda
en la vasta y pagana Capital:
siempre consigo misma, ella está sola,
amante de un día —y de todos,
en el flujo y reflujo peregrino. . .

En vano enciende su fascinación
en las calles, los teatros, los bares, las vitrinas.
En vano ondea su olvido
y hace resaltar dones, recompensas;
en vano oculta la implacable red
de fábricas que exigen los nuevos sacrificios;
en vano sube al cielo
para que no se vean las otras lejanías:

ellos siguen llegando, siempre llegan,
como en el fin de su Calvario largo;
se agolpan en la puerta
maciza, aherrojada,
detenidos, cual olas, por un dique.

Bajo la ahumada bóveda aletea,
como cuervos en vuelo, la impaciencia—
y luminarias pálidas vigilan en lo alto,
compadecidas como
los ojos de una madre...

Cuerpo con cuerpo, ellos se penetran,
desde que los efluvios de la vida
van de uno al otro, insensiblemente.
Sorben el soplo ajeno, agrio como la niebla,
y sienten que, interminablemente,
una ley rige al mundo antagónico y febril.

Cuerpo con cuerpo, son desconocidos—
pero las brasas de las ansias arden
en el pecho, en los ojos. Y, callados,
se confiesan los unos a los otros
la misma cruenta maldición terrena.

Cuerpo con cuerpo, son un solo hombre.
Unidos por tenazas de impaciencia,
su voluntad se agita, empecinada;
piden un horizonte más sereno,
nuevas luchas, derrotas o victorias...
La vida en cada uno está aspirando
hacia visiones nunca desmentidas,
y cada uno quiere
esquivar su destino, ciego, absurdo, tiránico...
!Oh, la vida de uno —y de todos,
se rebela y empuja
a la Fatalidad, que se ha forjado
cual la puerta maciza, aherrojada,
pidiendo sin cesar su Libertad..!

II
EL

EL —un joven que encierra su universo
en el corazón ávido, abrasado,
en el cerebro herido por preguntas,
y en músculos que vibran en su empeño.
El, hijo de la humanidad sangrante,
lleva su soledad lúcidamente
a través del embate de la vida.

El, luchador que quiere
cumplir con su destino
de átomo en la eternidad,
anhela
hacia cimas irreales.
Pero sabe
ir abriendo los rumbos de la tierra;
cada hecho es un himno a la armonía
que crea y recrea en lo infinito
sus mundos estrellados.

El, que sabe la herencia
que transmitieron las generaciones,
él, que se esfuerza por acrecentarla
manteniéndose firme
entre las tentaciones;
él, abarcando
en su ser humilde
la humanidad entera,
él cree
en el áspero sentido
de la existencia y busca tenazmente
la verdad en el vasto torbellino
de apariencias
y cree
que sólo él es el amo y el guía de su vida
henchida por las fuerzas
que en luces se convierten.

El, uno —libre y callado— crea
bajo los resplandores del abismo,
cual los héroes alegres de la Acción.

III

ELLA

ELLA —una joven en la que se encarnan
inapagadas búsquedas,
tantos anhelos sin desesperanza...
Virgen en que la vida renovada
aún sigue palpitando
como en el corazón de los ancestros,
y en la que la pasión canta las ansias
que tan sólo se cumplen con la unión...

Ella, la flor humana y solitaria
ha crecido en el lujo de su mundo severo—
un nido de consuelos y de ensueños,
eternidad de esperas
perdidas en desiertos de silencio!

Fuente de almas purísimas,
jardín de las leyendas
soleadas,
y de dulces
secretos alumbrados
por el mirar tendido
hacia visiones de felicidad...

¡Oh, sombra fascinante la del anochecer,
cuando su pensamiento
se teje y se destrama susurrándole
melodías de olvido!
¡Oh, la noche estrellada que agoniza
cuando ella, sin voz,
llama al Desconocido
que lucha enardecido
en lejanías arremolinadas!

Pero Ella espera en lánguido silencio;
nadie puede entenderla, vigilada
en el estéril fasto de su severo mundo.

Y van creciendo en ella
las llamaradas de la adoración,
mientras que en su mirada
llorosa y vaga
tiemblan
los espejismos de la Ensoñación...

IV

RECONOCIMIENTO

Bajo la bóveda
retumba la impaciencia
de los seres humildes
fundidos en un cuerpo fantasmagórico,
delante de la puerta maciza, aherrojada.

Y las pálidas luces
siempre están vigilando encima de ellos,
como compadecidas.

Señales y silbatos, y el fragor de las ruedas...
¡Es el instante de la redención!
Pero la puerta engaña su alegría,
despertando, febril, la nueva espera—
y parece inflamarse la locura
en el tormento oscuro de la ira.

De pronto El se estremece, fulminado
por una dulce aparición surgida
—purísima—
entre los cuerpos rudos,
cual la flor en las grietas de las rocas.

Y El mira fijamente aquel milagro,
y en él gritan heridos los sentidos,
palpitando en sus sienes y en su pecho
la tempestad surgida de su vida.

Todo su ser se lanza
hacia Ella, anhelando
su propia salvación, cuando en sus ojos
asombrados
refulgen
las alucinaciones del Amor...

* * *

Ellos se miran, y en el aleteo
de los párpados muestran
sus ojos encendidos
lo más profundo:

su pensar, su alma,
el pasado, el presente, vislumbrando
los instantes supremos.

¡Ah, grito silencioso
de corazones que, predestinados,
se encuentran en la ciega confusión!
Ellos vienen, se acercan con certeza,
sin saber que esperando
en un lugar
—aquí—
en la puerta que oculta el porvenir,
impulsados por fuerzas
irrefrenables, ellos
se reconocerán.

Como dos héroes de la vida anónima,
todo el destino de la muchedumbre
que en la puerta de hierro aguanta y gime,
se encarna en ellos mismos.

¡Se reconocen!
Y se acercan más.
Y los hombres los cercan...
La mano de Ella está en la de El, tan suave,
tibia —y el cerco vivo los aprieta,
y ellos dos se penetran con la mirada ardiente;
sus latidos, su aliento,
se confunden —y siempre
se dicen, sin palabras,
su secreto,
sus añoranzas—
siempre...

"Eres la que he buscado
en vanos espejismos
en luchas y en andanzas".

¡Se reconocen!
Y su unión callada
es un grave salmodio

—y la nostalgia
se disipa, cual nube, bajo el sol.

"Eres el que esperaba
en mis años vacíos
y en las tinieblas hondas".

¡Se reconocen!
Ella, la hija del Ensueño,
y El, hijo de la Acción.
E inmovilizados por el hechizo, escuchan
los dos el mudo cántico de la adoración.
....

* * *

Fragor de ruedas, señales,
silbatos, trepidar, cerca, más cerca
...Y la puerta de hierro
se desliza de pronto
como ante un gesto mágico.

Y un aullido resurge victorioso
de gargantas quemadas
por la sed de salvarse.
Y como el río que deshace un dique
precipítanse, aplástanse
todos los torturados por las garras
de la impaciencia hacia otras lejanías
y hacia otras victorias
o hacia otras derrotas.

Retumba largamente
bajo la bóveda
el engaño de la liberación.

Y aquel torrente humano
corre arrastrando a la pareja unida.
Ellos, los condenados
a una vida sufrida desde siempre,
arrastran su tesoro—
sus elegidos— ellos, los errantes
y los desconsolados,

que parecen
llevarlos a la gloria
—más allá de la muerte—
y a océanos de olvido,
en las eternidades del Amor
sellado por el beso
con el cual ellos vencen al destino
y con el cual
se dicen *la palabra* inquebrantable
que une al cielo y la tierra en la armonía
primera
y de siempre...

V

LA SEPARACION QUE UNE

Fragor de ruedas, señales
y los trenes
con sus ojos
rojos, fijos en negras lejanías...
Y las sombras humanas
se buscan y se ocultan
con sus anhelos vanos.

Y los trenes,
los dragones de acero, parpadean
al Norte, al Sur
y esperan
con tantas cargas vivas,
por lanzarse en la noche sideral.

Ella se apoya en una ventanilla
—el marco de su imagen—
lagrimea y sonríe
irradiando su rostro
una felicidad
dolorida.
Y abajo, El, con la misma
felicidad sonríe...

Rebosa en su silencio la luz del corazón:
"Desde siempre eres mía,
para siempre..."

¡Un grito!
Y los traspasa el grito de la máquina.
Ellos sonríen, pero el grito hace
que su drama resalte
profundamente oculto en la sonrisa,
detrás de las visiones de la felicidad.
"Desde siempre eres mío,
para siempre..."

Arranca el tren, se aleja
rumbo al Sur.
Un aleteo blanco.
Bajo un cielo pagano y serenado,
llevan los celadores
hacia las ricas playas
a aquella virgen de la ensoñación.

¡Un grito!
Y resuena largamente
el grito de la máquina
que a El también lo lleva
rumbo al Norte,
hacia el país de las montañas altas:
él parte hacia parajes solitarios
a preparar su triunfo
mediante sacrificios que yerguen nuevos templos
en este mundo hambriento, triste y cruel.

Y los trenes,
con bárbaro .fragor,
corren en las tinieblas giratorias
hacia el Norte,
hacia el Sur...
Pero Ella y El
se sienten siempre cerca uno del otro,
mientras bajo sus párpados
arden las mismas lágrimas.

Y los trenes
surcan
las campiñas vastas
al ritmo de los ímpetus oscuros.
En El y en Ella late la certeza
de que en otro país, ya sin fronteras,
volverán a encontrarse
sus caminos contrarios.

Y los trenes
corren
veloces en la noche de la vida,

y llevan a los otros,
los agobiados
y los sin consuelo
que tal vez también sueñan
con derrotar a la fatalidad,
cuando pronto despierten
en la gloria del alba...

MUNDO VIEJO

?

Signo que surgió en El aguna vez,
perdido en las tinieblas,
y que elevó su frente, traspasado
por el primer impulso fabuloso.

Garra que siempre acecha al hombre desde
todos los horizontes.
Cetro de los prolíficos misterios,
y hoz de pensamientos.

Cortina de humo destramado en fábricas,
hogares y volcanes;
arco de piedra sobre los abismos,
y yugo en las mazmorras del tirano.

Jalón cojo a través del infinito
encerrado en sombrías bibliotecas.
Gancho que se nos clava en la conciencia
o aleteando como los murciélagos.

Serpiente que se enrosca en el amor,
y látigo de fuego para los eremitas;
centellea en los ojos de la esfinge,
los ojos de los muertos y los astros. . .

Aliento hacia las cúspides divinas,
y lazo que arrastra hacia el infierno:
eterna interrogante de la vida
perfilada en la Nada triunfante.

PICADILLY

Vanidad del pensar
	en la terraza de la vanidad.
Inmenso patio cuadrado
entre fachadas simétricas,
cubierto por un cielo despejado
	—campana de cristal
	sobre un invernadero,
	en el corazón de
	la Capital.

Allá, en la pereza del domingo,
	los siervos elegantes de los Bancos,
	misioneros del Tráfico,
	hienas enmascaradas
	de la Lujuria,
	maniquíes-jóvenes,
	efebos-deportistas,
	fósiles
	como galvanizados por recuerdos,
	se han reunido en las mesas
	de la abundancia.

Allá, los luchadores
	remedan gestos de convalescientes,
	mientras los eruditos
	de mirada cansada, aún parecen
	leer en los semblantes y en las copas.

Las edades se mezclan
	en el calidoscopio horizontal
	de la terraza que ya está girando
	alrededor del palco de la orquesta,
	eje de la
	mediocridad pulida,
	los destinos anónimos
	y los dramas sin fin.

Terraza
	inundada

por olas luminosas y candentes,
y atravesada a veces por corrientes
artificiales,
donde la montaña
y el mar y la campiña,
se vislumbran fugaces
—visiones bajo frentes sudorosas.

Los corazones laten impulsados
por resortes de acero,
y los cuerpos hinchados del Provecho
—heridos, taladrados por los vicios—
sucédense en las mesas sin cesar.

Oleaje de cabezas en plana perspectiva,
sobre el que se deslizan brazos sacerdotales
llevando las bandejas del rito elemental:
polícromos fulgores
de copas de cristal,
y aromas desprendidos de los platos
del hartazgo, que sigue
sorbiendo y masticando
en el zumbido múltiple
de voces alteradas,
y en la estridencia de una comestible
música tarifada...

....

Vanidad del pensar
en la terraza de la vanidad,
Florida de mujeres
como una pradera salpicada
de colores.

Mujeres
enigmáticas, felinas,
entre las sedas de la Sensación,
entre las tentaciones
translúcidas,
desnudas,
detrás de su hermetismo acicalado.

Mujeres por las cuales se cruzan las miradas
cual redes en el lago vibrante de la vida...
mujeres modeladas
por los dedos febriles del deseo,
talladas por ideales engañosos,
mimadas por ingenuos soñadores,
y heridas por las garras
de la pasión...

Mujeres
reinando en cada mesa, con su séquito
de tiranos sarcásticos
y de siervos atentos.

Mujeres por las cuales
palpita la terraza
en el aburrimiento corrosivo
y devorador —como
la canícula estéril del desierto.

Mujeres...
Y los hombres
con los brazos cruzados
pero listos
para extenderlos ante la primera
sonrisa mentirosa del amor,
o para levantarlos
ante la falsa mueca del rencor,
prosiguiendo la lucha
más allá de esta ínsula-terraza,
en el corazón de
la Capital;
lejos de estas geométricas fachadas,
en alcobas pletóricas
de triunfos y derrotas,
en las calles tortuosas
por los que van las olas
humanas,
y en la jungla ensangrentada

del entrevero multitudinario,
tras la obsesión frenética
del sexo y de la gula.

Oh, cruenta vanidad del pensamiento
en este ritmo lánguido del verso
que tropieza con cantos sincopados
en la terraza de la vanidad...

LA MUERTE DE DON JUAN

Un hilo negro cruza como un rayo
a través de un abismo su pasado
en la hora postrera del sentir,
y se enhebran las unas tras las otras
—extrañas— en el hilo
cada vez más pesado,
las cuentas del Amor.

Son las cabezas blondas
de las hadas soñadas
en tiempos de inocencia;
las vírgenes que siempre
lloraron su deseo silencioso,
mientras otras, paganas,
hacían rechinar su odio estéril.

Y muecas de lujuria
surgen junto a los rostros de sonrisas serenas—
avecinándose el dolor que quiebra
y la ignorancia pálida,
al ensueño y al ansia que se encubre con sangre,
a la risa ingenua y al calmo pensar.

Cabezas vislumbradas
en el balcón
en sombras.
Miradas enlutadas
que se escurren después tras las cortinas.
Frentes empecinadas
—y las máscaras viejas del salón,
al lado de la mártir
muerta en el lupanar.

Semblantes de mujer,
unos tras otros,
alargan el secreto
renovado en el hilo del recuerdo
por el ardor de amar,
consumido en las cumbres solitarias
por el pesar que fuera vanidad.

Y el collar de Afrodita serpentea en su torno
al unirse derrota y sacrificio,
pues don Juan siente cómo
crece la Nada en él;
cómo se acerca,
fatal la que faltaba
en el collar de rostros
que miran —con sus ojos
encendidos o fríos—
cómo Ella, la invencible,
se inclina levemente
para darle el beso
que adormece su amor eternamente...

LA CALLE

I

Brota calmo el crepúsculo
de los nichos, los arcos, las cornisas,
inundando el inmenso
cauce del río
de altos muros rectos,
con millares de máscaras de piedra
que, desde hace siglos,
se miran cara a cara
inmóviles y duras,
orgullosas,
con trágicos secretos —abyectos o siniestros—
que acechan en mil grutas
superpuestas, profundas, paralelas...

Abajo, en el fondo
grisáceo y cristalino,
como cantos rodados,
está la muchedumbre
guiada y azuzada por las parcas;
siluetas deformadas, ondeando cual fantasmas
y velos funerarios,
procesiones anónimas
que van hacia misterios insondables,
hacia la salvación siempre callada
y siempre más lejana—
hacia los mares del silencio eterno.

Y en esa cenicienta multitud
cada uno es una onda,
cada uno es un susurro,
y todos juntos tienen la tristeza
de un río
extraviado en plena noche.
Arriba serpentea
el cielo deslucido

como una herida lívida
abierta en lo Infinito,
orlada por frontones,
mansardas y cornisas.

Y el río de
la humanidad en sombras,
sigue corriendo en olas renovadas,
pareciendo la calle
un camino excavado
por sandalias errantes
a través de desiertos de granito—
abismo del dolor,
hondo, más hondo...

Parece que la vida no es distinta
al río sojuzgado,
y parece que el hombre, como él mismo,
avanza sin descanso,
sin que pueda
mirar los deslumbrantes espectáculos
de las riberas,
ni aplacar
su hambre en algún puerto,
ni aliviar con el azul del cielo
la sed del corazón martirizado...
Apenas el suspiro
perdido entre los ecos del olvido,
lo acompaña hermanado al milenario
pecado de soñar y de pensar...

II

El gesto miriadario
de un semidios proteico
va destramando el velo de la noche.
Las olas blancas corren
sobre el oscuro oleaje,
y en las máscaras pétreas
se encienden ojos rojos
mirando cara a cara, fijamente,

sus almas ignoradas.
Y las grutas repletas
de un aire dorado,
de una polvareda
de plata, centelleante,
abren su ser arcano
—superpuestas, profundas, paralelas—
y muestran los tesoros
de las generaciones
a siervos y amos, todos sometidos
a las mismas codicias...

Y la fascinación va desbordando
con sus incandescentes
collares,
con sus nuevas
pupilas ciegas o metálicas;
y vibran espejismos en las cúpulas
en las cornisas y los frontispicios;
y penden en lo alto de los postes
los soles
rodeados
de satélites,
y multitud de estrellas
tiemblan multicolores y perdidas
en este laberinto
que antes parecía subterráneo,
y que ahora parece
aéreo bajo
la magia de la luz...

En su cauce profundo y milenario
se aclara el río de la humanidad.
Se extiende y crece,
y las ondas-hombres
se libran de los velos desgarrados
de la noche—
y los unos tras los otros,
se desploman los diques del destino...

En el océano de luz, cada uno,
vencedor de la vida,
ya es un soberano que deambula
por cavernas doradas
—palacios que retumban con canciones,
y por las galerías
de la kermesse desencadenada,
adornadas con guirnaldas,
con lampiones y banderas
flameando en las vitrinas del deseo,
y en las tabernas repletas
de la lujuria triunfante...



FINAL DE INVIERNO

En las calles tortuosas como el mismo
dolor de tantas almas sojuzgadas,
se derramaba desde el viejo sol
el ansia de las vidas renovadas.
Y surcos enfangados en la nieve
de la miseria de los arrabales,
como una gangrena se extendían
desdibujando rostros infernales.

De los aleros bajos resbalaban
las gotas de la nieve derretida;
caían reluciendo como gemas
sobre la tierra siempre empobrecida.
Y siempre, cual las cuentas del rosario,
se enhebraban— y luego parecía
que una mantilla etérea y azulada
se entretejía y se deshacía.

En el gotear soleado
lloraban la injusticia y la ignorancia,
la sed y el hambre de las muchedumbres
que los dioses habían olvidado.
Y la esperanza perduraba aún
en ese despiadado destramar,
consolando a los hombres
y susurrando apenas un cantar...

HABLA EL TIRANO DERROTADO

"Glorificad con cánticos al pueblo
que ha invadido mi palacio de oro,
y me ha forzado a irme con el séquito
que me coronó siempre con laureles.

"Glorificad al vencedor sin nombre
del país de la antigua esclavitud,
que despertó para crear un mundo
en el lugar del mundo nuestro en ruinas.

"No os lamentéis vosotros del desastre,
los nobles, que ignoráis el sufrimiento.
Glorificad conmigo al nuevo astro
que alumbrará con otra luz al hombre.

"He sofocado en mí la pesadumbre
por los viejos altares derrumbados.
Los siervos levantaron, fuerte y digna,
la Verdad que gemía en el silencio.

"No lloraré en las ruinas de grandezas
porque el pasado ya no resucita.
No me rebelo en contra del destino
que dispersa entre todos mi riqueza.

"Llevo mi orgullo herido, serenado.
No nací para uncir la multitud.
La vida en cada uno se enaltece
por las obras que alejan las tinieblas.

"Yo glorifico al pueblo liberado.
¡Se inflama el alma por amor al hombre!
. . . Y por primera vez, estremecido,
voy hermanado al vencedor sin nombre. . .

MARTE

Pies de acero. Con cada paso suyo
va aplastando hormigueros
humanos.
Atrás quedan
cementerios revueltos.
Adelante, ciudades incendiadas
y campos devastados.

El no tiene cabeza —la boca entre los hombros,
babas rojas surgiendo entre las muelas
    que quiebran testas
    cual si fueran huevos,
    y muslos firmes, y pechos
    hinchados de leche.
    Y vientres
    con fetos que esperaban
    su término.
    Y muchachas
    temblando cual palomas,
    y jóvenes partidos como el pan
    o exprimidos
    como las uvas bajo
    sus plantas de granito...

Engulle todo: huesos y cristales,
campanas, microscopios, cuadros, libros,
    estatuas y motores.
Destruye todo: aplasta
con el puño una aldea,
echa abajo las torres y arruina catedrales;
    hunde los transoceánicos, hurgando
    con sus garras filudas en tesoros
    reunidos durante siglos
    o extendidos en los campos,
    en los prados, los bosques y jardines.
Cruza sobre las fronteras

—huracán que pulveriza
vidas, arremolinándolas
en trombas hasta el cielo,
o hundiéndolas en ciénagas y abismos.

Con el talón taladra una montaña,
y torna a las ciudades en un montón de escombros
y de astillas.
Lo que él toca, estalla y arde,
se funde, se marchita y se deshace.
Todo es polvo, ceniza, veneno y podredumbre—
es la muerte sin rostro
y sin sentido.

Porque él no tiene cabeza— es apenas una boca
un cuerpo gigantesco siempre hinchado,
entumecido siempre,
e hirviendo como un cáncer
—un plesiosaurio ciego, irrefrenable,
crecido entre los pueblos,
que devora y devora
desde hace miles de años...

Su aliento ahoga y fulmina;
su pecho enorme truena
echando llamas
y relámpagos,
brotando de sus poros los hedores
que corroen, sofocan y disuelven:
de los ojos hermosos
se escurre el pus,
mezclándose en el fango
un cerebro genial...

En su torno hay nubes negras
de langostas y quimeras
zumbando como las hélices,
y monstruos trepidantes, epilépticos,

arañas, escorpiones y fieras embriagadas
y pulpos y dragones,
los engendros que crecen miriadarios
entre los torbellinos del horror.

La horda escalofriante
del Odio y de la Muerte
lo acompaña —un séquito feroz,
cadena de matanzas y desastres
a lo largo y lo ancho
de un mundo perdido
en su noche de azufre,
en tórridos desiertos calcinados
y en días plomizos en que los gusanos
pululan y envenenan
la tierra, el agua, el aire...

Volcánico, recorre los países,
saltando de uno al otro continente
y se atasca insaciable;
ruje, aúlla,
baila en un pie—
se mece,
y vuelve a devorar...
Escupe huesos, hiel, sangre
y vomita
sobre
enloquecidas muchedumbres,
hasta tragarlas otra vez, gruñendo
y abarcando el planeta
con sus brazos de hierro
golpeando en delirante
embriaguez,
con el sexo ulcerado —catapulta
que derrama sus gérmenes estériles
en las entrañas sangrientas de la Tierra...

MUNDO NUEVO

EL PROFETA

Un hombre que medita
solitario en la gruta
profetiza:

"En olas rojas
y lívidas,
con aullidos
de linces hambrientos,
en bárbaras canciones
centenarias
y en rugidos
que ruedan
por montañas rocosas—
por diez sendas,
diez valles,
el torrente
vasto de la locura,
la guerra,
el saqueo
y la lujuria,
se ha desencadenado
y ha anegado
la ciudad vieja
con el templo santo
de aquellos elegidos
por el Unico
para reinar
con el espíritu
en la tierra:
para clamar
en coro
su amor
con voz potente;
para hacer resonar

su justicia
con trompetas
de bronce,
y para proclamar
su eternidad,
su reino,
su poder;
para anunciarnos
el día de la gloria,
que ha de llegar
a iluminar
la mente
y el alma
de *los otros*:
de tantos
engañados
por los malos pastores;
de tantos
corrompidos
en la riqueza,
o de los que se arrastran
con sus cargas,
adorando
los dioses de madera,
   de piedra
      y de oro...

. . . .

Ay, ellos hoy
los necios
      y los dementes
beben
en viejas calaveras,
con largas
carcajadas,
la sangre
exprimida
del corazón
de aquellos elegidos

por el Unico
para reinar
con el espíritu
en la tierra.

Pero, ay— una vez
y no muy tarde,
de algún lugar
algún
enviado nuevo,
profeta y héroe,
con relámpagos
en sus manos,
  sus ojos
      y su boca,
ha de llegar
con el albor del día...

Será un nuevo
diluvio
de fuego:
los ciegos
  y enbriagados
y los envenenados,
los codiciosos
  y ávidos,
todos los extraviados,
  revolverán
    y morderán
aullando
  y llorando
la tierra
llena
de cizaña
  y ruinas...

Ay, cruelmente
los golpeará el profeta
cuando llegue,
y los castigará
  los castigará,
    los castigará...

Entonces
los otros,
los elegidos
   y sacrificados,
van a resucitar
por El que es Uno
sobre todos,
pisando
—renovados,
recompensados— sobre
carroñas
de verdugos fulminados".
. . . .
Y el hombre, delirando
solitario en la gruta,
sigue profetizando. . .

ANTE UNA TUMBA

Aquí estoy otra vez, padre, a tu lado.
    Ante tu negra lápida, qué bueno es descansar.
Al regresar del mundo en que he vagado,
    tus consejos fielmente he de escuchar.

Caminé mucho y mucho me he esforzado
    por países y cumbres y valles sin igual.
Apoyo, compañero y escudo, me ha alentado
    tu nudoso cayado de nogal.

Cuando te detuviste, me lo has dado,
    como mi abuelo te lo dio una vez;
después, para mi hijo habrá quedado,
    porque es signo de unión, señal de fe.

Aquí estoy nuevamente, más cercano
    a los dominios del silencio eterno.
A veces se estremece tu cayado en mi mano:
    por él sube tu espíritu tan tierno.

Reanimado, mi cuerpo se endereza.
    Mis ojos miran lejos: no ha cambiado el destino.
Sólo hay otro horizonte, y todo empieza
    con cada hombre en el áspero camino

que de padres a hijos recorremos...

LA PAZ

Una flor ignorada,
arraigada en la roca más estéril y dura,
se levanta del odio en torbellino
sobre el mar tenebroso de la vida.

Y crece solitaria, abre los pétalos
de su luz en serenas alboradas
—más blanca que una aparición divina—
hasta encerrarse en sueños en el anochecer.

Espera suplicante
que la abracen las olas de la vida;
que la arranquen del páramo
de la desolación,
encendiendo la noche con su luz.

Pero las olas huyen de la flor de la Paz
que llama sin cesar desde la roca:
No espumarán de odio...
Tienen miedo
del encanto del sol y del amor.

INSCRIPCIONES

I

Metálicas cascadas en la noche—
    una canción en su rodar potente;
y en centelleantes lejanías, montañas
    que bajan en un sueño acurrucado...
En el ritmo frenético del tren,
    que deambula de día y de noche,
puedo escuchar la nueva melopeya
    del tiempo cruel y avaro.
Y los viajeros yacen a mi torno
    esculpidos en sombras y en secretos,
como presas raptadas en su huida
    por dioses victoriosos e insaciables.
El tren desciende
    hacia la llanura
        con su cresta humeante...
Las aldeas se pierden humilladas
    con sus ensangrentados corazones.
Vanamente levantan las ciudades
    sus represas eléctricas y anchas.
Las ruedas, otra vez, con fragor bárbaro,
    por las rutas de acero se abalanzan
desafiando la paz de las estrellas;
    y moliendo los gránulos del hambre,
están más cerca de la Capital.

....

Pero tu sien descansa en mi hombro,
    ligera, suavemente.
De los siervos del tren soy un hermano—
    y se elevan y vuelan mis pensares...
Yo vigilo el ensueño que en ti late,
    y sé que otra victoria
se enraiza y crece
        en mí...

II

Frente a frente
—nuestro pensar se hermana.
La mano con la mano
—y corre nuestra sangre
como en un solo cauce.
Los ojos en los ojos
—y no obstante miramos
cada uno en sí mismo.
Alegría y dolor
emparentados
como el día y la noche del cielo palpitante,
sin límites y estrecho,
sereno y tormentoso,
saciado y ávido:
plasma de éter y fango
como el corazón nuestro...

III

En la mano que inscribe palabras nunca dichas,
en mi arrugada frente,
brisa suave.
Las hojas de las lilas, prisioneras,
aletean queriendo
llegar al sol paterno.
Entre la copa azul del duraznero
el sol nos mira —y nos ampara en nuestra
nostálgica plegaria, en la quietud
y el silencio vibrante
de los cánticos,
en la fecunda paz, como en los campos
—y en nuestra propia efímera existencia,
orlada por la aureola de lo eterno...

IV

¿La rosa más roja?
Pides
la más hermosa
flor del jardín.

—Perdona, mas no puedo
dártela...
—¡Un obsequio tan simple,
modesto y natural!
—Pero mi gesto es nada más que muerte:
¿Por qué matar?
¿No hay acaso una vida
también en esta flor?
¿No languidece un alma
serena o quizás triste y abrasada
en la envoltura de los pétalos?
—Pero ella se deshoja
volando con el viento.
—Alguna vez...
¡Y sin embargo, *ahora*, yo la mato!
Perdóname y permíteme
ofrecerte sencilla, humildemente,
otra flor:
no es escasa,
ni tan siquiera hermosa,
pero es roja,
sumisa, sin espinas,
sin engaños:
la rosa de mi alma...

V

Con pasos lentos, iguales,
    en el secular bosque del Silencio,
vamos juntos los dos, las almas puras—
    entre la sombra fresca del Olvido,
hermanados en sueños y en espíritu
    bajo las verdes bóvedas
                de la Eternidad.
A veces, un alto cerca de la fuente
    que susurra en la gloria del Amor...

VI

Pensares sobre rocas fulminadas
    planean cual las águilas
bajo las nubes.

En el horizonte,
fortalezas del mundo
con crestas corroídas por los siglos.
A través de los seres,
ímpetus
irguiéndose en los bosques de la Vida...

Simas de luz y sombra
se abren y respiran en nosotros
y en torno nuestro, sucediéndose
como el día y la noche, desde siempre:
nos unen en la paz y en el sosiego
que vence la presencia de la Muerte...

VII

Una vez hemos caminado juntos,
y no nos conocimos.
Por senderos contrarios
nos separó en silencio
el anhelo hacia metas diferentes,
y en la vida vagamos olvidando
que el Destino esquivado
no perdona...

Y cuando ahora, repentinamente,
nos miramos los dos con amargura
y nos reconocemos, como ciegos
que nuevamente ven,
el pesar —nueva herida—
cruelmente nos desgarra:
—¿Es demasiado tarde?
—Todo en vano...

Y no obstante nuestra alma se redime,
pues sabemos qué quiere
el Amo silencioso,
y qué unidos iremos
—milagro insospechado—
por las rutas contrarias
que aún nos quedan para recorrer...

AMOR

Nunca alabé el amor,
y no he cantado
a medianoche suaves o tristes serenatas;
no he glorificado
en un alejandrino
el tesoro, el hechizo de los ojos azules,
ni la luna, ni el sol, ni las estrellas,
ni el céfiro, la flor, las golondrinas...
Con nada he comparado los encantos
de su ser,
ni he lanzado
un solo grito ditirámbico
cuando por vez primera
tímidamente vino a sonreirme—
y no he suspirado con hondo desaliento
cuando ayer no la he visto en su ventana...

Cuando nos hemos visto
—también nosotros— por primera vez,
nos hemos conmovido los dos en el ocaso;
en los ojos brillaban
todas nuestras preguntas,
y con los mismos gestos
nos hemos contestado:
nuestro abrazo abarcaba el mundo entero,
y nuestro himno supremo era el silencio.

Y cuando la neblina del olvido
—páramo de deseos engañados—
crecía día a día rodeando el horizonte,
guardé en mí
al dolor
cual gema viva
y refrené las lágrimas estériles,
siendo el himno supremo el del silencio.

Sin embargo, yo canto
siempre al amor:
en la perseverancia del aliento,

en el latir del prieto corazón,
y en el espectáculo
de la magia terrestre:
en la hoja de hierba que brota de la nieve,
en ondas que reflejan las nubes del verano,
en los bosques que lloran
en el otoño, deshojándose,
y en las cimas nevadas que brillan a la lejos...

Yo lo canto entornando
la mirada en mí mismo,
cuando busco el misterio
del más allá;
cuando en la noche espero
el alba, el sol,
o cuando estoy hojeando
amarillentos libros.

Lo canto al empeñarme en la creación,
cuando en mí siento la resurrección;
cuando busco la flor inmarchitable,
y cuando escucho cómo
susurra en mí el silencio.

Nunca alabé el amor,
y sin embargo siempre estoy cantándole...

RENOVACION

Me abraza, como en cercos de reptiles,
el entorpecimiento tropical;
me oprime, aplastándome, y enciende
bajo mi frente
una llamarada
como en un templo, en el que los ídolos
ahuyentaron la fe.

Corre la sangre hirviendo por las venas,
choca bajo las sienes
y palpita en el pecho.
Pero la languidez, muro de plomo,
me tiene prisionero...

Siento que crece en mí la rebelión,
firme, impetuosamente
contra el No Ser, la Nada fascinante,
disipando las ansias de la vida
y fundiendo los seres y las cosas
bajo el arco estrellado
de la eternidad pura,
de la desolación o del olvido.

Siento que en mi cabeza se renuevan
como en una retorta,
pensamientos creadores;
que el corazón —el mágico alambique—
ya destila mi esencia gota a gota.
Y otra vez me levanto,
con los brazos abiertos hacia el sol,
por cumplir en la Tierra mi destino...

ABETOS Y ROCAS

I

Subimos por las sendas desfondadas
  hacia el frío corazón del bosque.
El olvido nos lleva lentamente
  por los vastos secretos del silencio.

Cuando creemos vislumbrar la cima
  postrera de la vaga claridad,
el sendero se tuerce y se levanta
  hacia otros olvidos y silencios.

Y con sus pechos múltiples
  el bosque crece a nuestro alrededor,
ceñido por barrancos y quebradas,
  firme con sus abetos majestuosos.

Entre las enredadas columnatas
  atravesadas por el tibio sol,
subimos en la hipnosis de lo eterno
  que suele susurrar entre el ramaje.

¿De dónde hemos venido, solitarios,
  extraviados en viejas soledades?
  ¿Adónde vamos, como dos destinos
  iguales y hermanados?

Quedamos asombrados un instante—
  ni un eco nos responde:
la ciudad es el sueño de un tirano
  abandonado con su ley de hierro.

Y de nuevo partimos, renovados;
  en nosotros un mundo está latiendo
como en los tiempos del principio: puro,
  sereno como el cielo entre el follaje.

Sigue creciendo el bosque,
  pero siempre es el mismo.
Y nosotros, creyentes redimidos,
  subimos, con los pasos de lo eterno,
hacia otros olvidos y silencios...

II

El abeto más alto, helo allí.
Apenas si lo abarcan nuestros brazos reunidos.
   Una columna negra
   surcada por los años
   nos parece de piedra—
aún sigue creciendo hacia las nubes,
   saeta estriada
   hacia el vértice,
   con su tierno penacho
   meciéndose triunfal.

Nos detenemos junto a este abeto:
   su raíz se bifurca,
   y el lecho blando de las hojas yertas
   nos llama en su quietud,
   como el nido que atrae
   a los pájaros ebrios
   de horizontes soleados.

Los dos estamos acostados bajo
   la bóveda translúcida.
   El bosque horada el cielo con mil lanzas;
   el infinito cierne
   sobre nosotros
   copos
   azules y plateados,
   y las eternidades susurran con la brisa.

Nuestras miradas giran, persiguiendo en las ramas
   a fantasmas que ondean
   y que desaparecen
   hacia mundos astrales
   a través de celestes ventanillas.

Las miradas se prenden a visiones huidizas
   que de cuatro horizontes
   suben en remolinos
   encima de nosotros:

los cisnes en bandadas
que desgarra la voluptuosidad;
los ciervos en hileras
que se van destramando en arabescos,
y rebaños de seres
apocalípticos,
aplastados, fundidos en la brasa del sol...

¡Oh, las nubes proteicas,
en la gloria de días y de noches
flotando encima de nosotros mismos
como una incesante bendición!

Acostados los dos
entre las viejas raíces del abeto,
nuestros corazones laten
cual pájaros que piden en sus jaulas
alas para elevarse
en su ímpetu
hacia la purísima
felicidad del sueño y de la luz.

Y nuestros corazones
palpitan como el propio corazón de la tierra.
En nuestro lecho suave nos hundimos
cual semillas que arraigan;
y así sentimos que fructificamos
con la tierra entera,
por el ardiente beso del amor.

Y sentimos que nuestra esclavitud
es una dicha llena de nostalgias;
y que morimos y resucitamos
con cada instante,
como aquellas nubes
que cuajan y perecen sin cesar
en los serenos reinos vislumbrados
a través del follaje.

Allí quedamos, en la tumba que es
a la vez una cuna,
mientras giramos con la tierra entera
en torno al árbol más alto:
eje viejo como el tiempo
—y joven como el instante—
al que los corazones solitarios
se aferran como náufragos a un mástil
inquebrantable
y flotan
—victoria entre derrotas—
en el estrellado océano
de la vida y de la muerte...

III

Sin saber hacia dónde
partimos hechizados por el bosque,
los centelleos del sol
y por los aleteos del ensueño,
entre interminables columnatas.

Y ahora, por el duro sendero retorcido
—ya trepando, saltando,
hemos reconocido en cada paso
la orden de una lucha despiadada.

Subimos la montaña
rebelde:
en los cuerpos hermanados,
sólo una voluntad.
A la derecha, abismos;
doblamos, y a la izquierda, murallas y peñascos.
Ciudadelas de árboles
siguen creciendo altivas, silenciosas,
como fatalidades
frías...

Pero nosotros
ascendemos —ceñidos,
fortalecidos—

en el rostro, el alma.
Escudo es nuestro amor, y el pensamiento
nos templa:
en cada paso
vencemos a la roca de la Muerte.
Con las manos crispadas,
como el roble que prende sus raíces
en el pecho combado
del mundo,
nos asimos
y subimos,
latiendo el corazón
en su plegaria y en su sacrificio.

¡Más alto!
Y nos queman
las olas de la sed.
¡Más alto!
Y las garras del hambre
nos hieren con fiereza.
¡Más alto!
Y como en sueños
nos enrosca el pavor.
Siempre avanzamos
—los dientes apretados
y los puños cerrados—
con el alma tendiendo
hacia la redención, cual los abetos
lanzados en su empuje hacia la luz...

Pero alrededor nuestro están las sombras;
nos penetran las sombras:
bajo los pies, las piedras
se desprenden astutas
rodando en las tinieblas del abismo.
Las ramas ciegas nos están mordiendo
y en el sudor ardiente
la angustia nos ahoga y nos corroe.

¡Ja, ja!
¡Ja, ja!— y la risa
resuena miriadaria

en el bosque callado
como el terror que asoma
desde los precipicios:
    subimos otra vez,
    y alejamos la noche
    con nuestra luz, con rayos
    surgidos de nosotros,
    cual surge un manantial
        entre las rocas...

—¿Hacia dónde?
¿Hasta cuándo?
—Sabemos que marchamos
hacia
    alguna parte,
y que la ruta nuestra
ha de encontrar su fin alguna vez...

Y subimos, subimos.
El bosque se ralea lentamente.
    Se extiende sobre las rocas
    el musgo blando, sumiso
    bajo las pisadas firmes.
Una aureola se arquea
suave en el mediodía,
    y he allí la victoria, recibiéndonos
    con sus dones.

Milagro de la luz:
a nuestro alrededor, las lejanías
piérdense en resplandores...
Saludamos con gritos fraternales
a las montañas contempladas
desde
sus plantas a las cumbres.

Y allí,
de cara al mundo,
    con sus aguas,
    sus aldeas,
    sus mieses,
con la línea de acero del Pensar,

con los hornos ardientes del Trabajo,
allí
en el círculo
de la creación humana,
cercado por el cielo
de la *otra* creación, bajo el diluvio
glorioso de la luz
en que cuajan los sueños,
allí
extendió los brazos
hacia cuatro horizontes
    en bendición suprema
    —como dos alas—
    nuestra soledad.

De peldaño en peldaño, el cielo nos atrajo
con su pureza hacia la eternidad:
    Los dos hemos llevado
la vida arriba, sobre la montaña
de rocas y de abismos.
Y ahora nos sentimos
fijados en la cima
de nuestro triunfo:
    dos estatuas vivas
por las cuales la arcilla ve y respira.
Recibimos del cielo
    plateado
    y dorado
    la corona
de la gran recompensa:
dos águilas aparecen
con su vuelo circular,
cual señal de otras victorias
en otros
    mundos ocultos en algún lugar
que ya conoceremos
cuando nuestro camino
llegue a encontrar su fin
    alguna vez...

INDICE

Aunque lo grueso de las obras de Eugen Relgis está escrito en prosa, inició su carrera como poeta y lo sigue siendo... Ciertos ensayos y especialmente sus libros de viaje contienen una prosa tan rica, variada y lírica, que se advierte en seguida que son los productos de un temperamento esencialmente poético. Y la vena puramente poética, interrumpida por los acontecimientos trágicos en Europa antes y después de la Segunda Guerra Mundial, ha vuelto a aparecer en América. — WILLIAM ROSE, New York.

Realmente se trata de un trabajo ("Locura y Siete antifábulas") llamado a sorprender y a conmover a quien —honestamente— siga de cerca el curso de las letras americanas y mundiales. — J. D. "El Plata", Montevideo.

Obras de mocedad arraigadas en un fondo panteista de inquietudes por la emancipación social. Relgis, en sus años tiernos, escudriña fenómenos y presencias con tendencias a la renovación constante desde los aleteos prístinos de la ilusión ingenua, hasta el ideal recio, con aspiraciones colectivas y un espíritu altruista templado en el yunque de las tragedias humanas. — VOLGA MARCOS, "Umbral", París.

Las siete antifábulas (en "Locura") necesitan ser meditadas detenidamente y todo lo que se diga sobre ellas será poco. Representan un conjunto coral de belleza inmarcesible que posiblemente nunca haya sido presentado, de una manera tan original y acabada, en todas sus partes...
Nos es grato dejar una vez más constancia de la estrecha compenetración que entre Troise y Relgis, en el caso de estos poemas, se destaca, para bien de los lectores amantes de lo bello. Esperamos que esta unidad de sentimientos entre autor y traductor se siga manteniendo, y, si posible fuera, amalgamando más aún, para que nuestro idioma se enriquezca, positivamente, con estas claras y edificantes versiones de los poemas de Eugen Relgis. — COSME PAULES, "Cenit", Toulouse.

La nostalgie de son pays natal (en "En un lugar de los Andes") s'harmonise admirablement dans la poésie de notre compatriote avec la réverie languissante qu'inspire au Sud-Américain sa terre. — Rev. "LA NATION ROUMAINE", Paris.

Como coroa de doirados louros descobrimos en "Locura y siete antifábulas" sob o titulo "El cuervo", uma das obras mas perfeitas da literatura. O corvo, em suas aduncas e agressivas garras, já arrancou versos de notáveis celebridades; lembremos o "corvos" de Edgard Poé que todo mundo conhece e, estarrecido, recorda. Mas o "Cuervo" de Relgis voa ás alturas intelectuais e sobrehumanas que nenhun outro poeta jamais logrou... E absolutamente incoercivel o ponto de exclamaçao que colocamos sobre estas tres páginas cujo conteúndo constitui imprescindivel dever como leitura de quem tiver mesmo a minima dose de sensibilidade artística. — FERNANDO NOBRE, supl. lit. de "Jornal do Commercio", Rio de Janeiro.

...Lasciamo infine ai lettori sensibli di gustare l'effusione lirica di un sentimento estetico amalgamato alla meditazione ideale, con soggetti originali, del libro "En un lugar de los Andes". — EDMONDO MARCUCCI, "L'Incontro", Torino.

Baluarte del pensamiento europeo en lengua castellana, no ha cedido en sus aspiraciones de la juventud. Frente a él se han estrellado los ejércitos, y encendido los corazones al recuerdo de Zweig, de Toller, de Alfredo González Prada, de los aniquilados

en los campos de concentración del mundo, de los inadaptados. Por boca de Relgis cobran universalidad las tres palabras portadoras de la buena nueva anunciada por Ghandi. Al revés de Gerard Hauptman, Eugen Relgis no ha renunciado a su ascendiente y pensamiento de origen que ennobleció y de los que hizo poesía y expresó ideas en todas las lenguas que le son comunes. — CAMPIO CARPIO, Buenos Aires.

Poesía que amaneció en idioma rumano en tres versiones (1914, 1915 y 1926), y cuya traducción castellana debemos a Pablo R. Troise. Es fijando el casi medio siglo de procedencia de estos versos, como aquilatamos su aporte sustancial a la cosmovisión que, de ahí en adelante, se enseñoreó de las rutas poéticas. Hay, como en toda la obra de Relgis, un predominio o predilección de la Naturaleza sobre la Civilización. — MANUEL SUAREZ MIRAVAL, "Idea", Lima, Perú.

Para Eugen Relgis, la seguridad de mi total admiración, mi amistad verdadera pero silenciosa,... y mi atención permanente a su trayectoria de luz. — JUANA DE IBARBOUROU, Montevideo, 30 de Julio de 1962.

Eugen Relgis, fecundo escritor rumano vastamente conocido, que ha fijado su residencia en la capital uruguaya, maduró en la juventud su espiritualidad a la luz de aquellos ideales de redención humana que, nunca dormidos en la historia, cobraron magnífico vigor en las esperanzas e ilusiones nacidas en el seno de la primera conflagración mundial. Admirador y amigo de Romain Rolland y en relación cordial con otras nobles figuras surgidas en los primeros lustros de este siglo (Stefan Zweig le prologó la novela "Mirón el Sordo") se ha vuelto Relgis el apóstol del espíritu humanitarista del creador de "Juan Cristóbal", quien ponía en él su confianza en el ocaso de la vida, para trasmitir al porvenir su pensamiento pacifista y universalista. — ROBERTO F. GIUSTI, "La Prensa", Buenos Aires.

EN UN LUGAR DE LOS ANDES de Eugen Relgis. Poemas de madurez, dentro de lo narrativo-descriptivo. Sabe incorporar el paisaje y lo social al íntimo sentir de personales experiencias. Se nota algo nuevo, diferente, que no existe en el mundo hispánico, seguramente por no ser el autor nativo de Hispanoamérica. Pero admiro el dominio del lenguaje y la segura captación de realidades nuevas. — ALFREDO ROGGIANO, director de la "Revista Iberoamericana", University of Iowa, EE.UU.

Poemas inspirados en la captación del paisaje y en la meditación sobre los hombres, todo ello aflorado del profundo venero espiritual y delicado de Relgis, cuya firmeza de carácter y limpieza de alma hacen atractivos los temas que poco se atreven a describir en estos tiempos. — MARIN CIVERA, Méjico.

"En un lugar de los Andes" nos causa la rara impresión de encontrarnos de pronto con un buril prodigioso entre las manos. Un buril capaz de penetrar mágicamente en el corazón geológico de los siglos para mostrarnos los orígenes y la creación de una América que el poeta acaba de descubrir. — C. VEGA ALVAREZ, "Cumbres", Sevilla, España.

Ces poémes sont écrits en espagnol, ce qui nous rend difficile leur diffusion. Souhaitons qu'un traducteur, qui devrait étre aussi poéte, nous les rende accessibles. La barriére des langues est cependant impuissante á tuer certaines harmonies. — FRANÇOIS LAUGIER, "Cahiers du Pacifisme", Francia.

El poeta saluda al Continente Nuevo que ha descubierto... Y retorna a la poesía, con el toque de un lirismo en donde la nostalgia del exilio, y la conciencia de su propia condición humana y la de los otros hombres, le confiere a su palabra una altitud de trascendencia universal. — JULIO ARISTIDES, director Rev. "Euterpe", Buenos Aires.

Imagino que no podría encontrarse un lector que, después de leer a Relgis, no se sienta reconfortado y no desea darle las gracias por lo que ha escrito. Yo, en todo caso, lo hago desde aquí. — VICTOR ALBA, CNT, México.

El peregrino de Europa ha sabido captar en sus poemas la voz y el alma de América mejor que muchos poetas vernáculos. — R. CANSINOS ASSENS, Madrid.

Magnífico poemario "En un lugar de los Andes" en el cual ha trasladado, con gran fuerza cohesiva, las técnicas de la pintura a la armoniosa arquitectura del verso. — ALBERTO RUSCONI, Montevideo.

Creo que Pablo R. Troise ha realizado una obra maestra con la versión castellana de "En un lugar de los Andes", poema épico, grandioso y estremecedor, que conmueve en lo heroico y nos da, me atrevo a decir, aproximadamente, la estatura y el eco de la voz profética y solemne de Relgis. Eso sólo, ya vale su breve libro. — A. MONTIEL BALLESTEROS, Montevideo.

"En un lugar de los Andes" vemos al escritor preocupado por describir —en extensión y profundidad— el panorama americano, observado con penetrantes ojos europeos y sentido con corazón universal. Impulso pánico, aliento vitalista, virtual aprehensión de lo telúrico conforman la cifra de su gratitud americana, reconocimiento que, como en todos los grandes espíritus, asume la forma de un "acto de amor". — ANTONIO REQUENI, "La Prensa", Bs. Aires.

Relgis muéstranos en esta ocasión una faceta de su creación intelectual poco conocida en el idioma español como es su producción poética, que ya en su juventud la comenzara con acentos originales, allá en su Rumania natal, hace 45 años cuando apareció su libro de poesía "La locura". — V. FUENTEALBA, "Nueva Senda",

OBRAS DE EUGEN RELGIS

Diario de Otoño.
Mirón el Sordo, novela, con prólogo de Stefan Zweig.
Las Amistades de Mirón.
Melodías del Silencio, poemas en prosa.
En un lugar de los Andes, poemas.
Locura y siete antifábulas, poemas.
Corazones y Motores, poemas.
El triunfo del No Ser, fantasías.
Sol Naciente, cuentos y leyendas.
Sendas en Espiral.
Doce Capitales Peregrinaciones europeas.
Romain Rolland.
Stefan Zweig, Cazador de Almas.
Los últimos años de Stefan Zweig en Sudamérica.
Profetas y Poetas, ensayos.
Testigo de mi tiempo
La Paz del Hombre.
La Columna entre Ruinas, ensayos.
El Espíritu Activo, ensayos.
El Humanitarismo, con prólogo del Prof. G. Fr. Nicolai.
(Premio Min. Instr. Pública, 1956)
Humanitarismo y Socialismo.
Historia Sexual de la Humanidad, (ed. II, aumentada).
Cosmometapolis.
Albores de Libertad.
La Literatura, el Arte y la Guerra.
Perspectivas Culturales en Sudamérica. (Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, 1958).
(Premio Min. Instr. Pública 1959).
El Hombre Libre frente a la Barbarie Totalitaria. "Anales de la Universidad", Montevideo.
De mi Calendario.

AGOTADAS

De mis Peregrinaciones Europeas.
Bulgaria Desconocida.
Freud, freudismo y las verdades sociales.
George Fr. Nicolai, un sabio y un hombre del porvenir.
Individualismo, Estética y Humanitarismo.
Humanitarismo y Eugenesia.
Los Principios Humanitaristas, con prólogo de Albert Einstein.
Tres Conferencias.
La Internacional Pacifista, con prólogo de Romain Rolland.

☆

Pedidos: EDICIONES "HUMANIDAD"
Montevideo, Gaboto 903, ap. 7, teléf. 40 51 53.
Buenos Aires, Lavalle 2862, p. 3, ap. 9, teléf. 88 32 57.



IMP. GARCIA · RIO BRANCO [illegible]